

ANDRÉA DEL FUEGO

LA PEDIATRA

Traducción de Claudia Solans



Andréa del Fuego

La pediatra / Andréa del Fuego. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2023.

194 p. ; 22,5 x 14 cm.

Traducción de: Claudia Solans.

ISBN 978-987-628-721-0

1. Novelas de Ciencia Ficción. 2. Literatura. I.

Solans, Claudia, trad. II. Título.

CDD B869.3

Título original: *A pediatra*

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: julio de 2023

© Andréa del Fuego, 2021 by arrangement with
Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

© de la traducción Claudia Solans, 2023

© de la presente edición Edhasa, 2023

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-721-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A

Impreso en Argentina

Esta edición de 2.000 ejemplares de *La pediatra* de Andréa del Fuego se terminó de imprimir en Oportunidades S.A el 10 de junio de 2023

A los que cuidan, mi gratitud.

1

Atropellamos a una zarigüeya a las tres de la mañana. Mi marido al volante, yo en el asiento de atrás para no descomponerme. Íbamos camino al litoral, un viaje relámpago para comprar un terreno. Él buscaba música movida para no dormirse cuando los faros iluminaron al animal, el cuerpito chocó contra la chapa, se despegó algo del chasis. Paramos en la banquina. No vimos a la zarigüeya muerta, mi marido dijo que el incidente sirvió para avisarle que era hora de terminar con su ayuno, en curso desde hacía tres días. Estaba irritable, acelerado, el aliento cetónico. Nos rescató la aseguradora, el auto remolcado, nosotros apretados en la caja del camión. Mi marido hizo que el conductor parara en un puesto, comió un pernil con vinagreta y seguimos. Nos tumbamos exhaustos en casa, al día siguiente, él se despertó inquieto golpeteando los pies en el piso. Calenté el café y dije la semana que viene, cuando pase esta cosa mórbida, vamos a comprar el terreno. No respondió, no sé si me oyó, lo dejé en la cocina y corrí al consultorio.

Doctora, el prematuro se complicó en el hospital, la madre no la encontró en el celular, el servicio técnico del aire acondicionado viene a la tarde y yo tengo que irme más temprano. La secretaria venía detrás de mí con dos recados más, abrí

mi consultorio adonde ella sólo entra con permiso y cerré la puerta. Volví a abrirla y colgué el aviso en el picaporte: en atención.

2

Un marido infeliz corroe hasta un *jequitibá**. Yo le echaba en cara la rigidez de mis articulaciones, una fibromialgia que se instalaba por su culpa. Desde hacía meses estaba de licencia en la constructora de la familia, los tratamientos para la depresión surtían efecto al comienzo. Al principio yo me animaba, cuando él volvía al lodo, me demoraba en la calle, del consultorio iba al supermercado a comprar congelados y plantas, llegaba cuando él ya estaba dopado en el cuarto. Mi límite se volvía umbral a cada nuevo comprimido, postergaba la confrontación, me daba pereza hacer el primer disparo de la separación mientras mi rigidez ganaba la compañía de la jaqueca, de las náuseas y el hormigueo.

Claro que el deprimido no salía de casa, pero yo circulaba. Me presentaron a Celso en la fiestita de una amiga en común, una cardióloga que atendía en el mismo edificio comercial que yo. Había estudiado con Celso en el colegio, él siguió hacia el área ejecutiva, no se veían hacía veinte años. En la fiestita, Celso era el único que comía maní, los otros metían el cuchillo en una

* Considerado el árbol más grande nativo de Brasil, el *Cariniana Legalis*, puede alcanzar hasta cincuenta metros de altura y un diámetro de hasta seis metros. (Todas N. de la T.)

tarta de alcachofa y conversaban sobre administración hospitalaria y agencias de viaje. Cuando se acabó el maní, Celso empezó a morderse las uñas. Me acerqué ofreciéndole un cigarrillo, lo rechazó, pero me acompañó hasta el balcón del departamento, encendí el mío. Me contó que vivía en Florianópolis y venía a San Pablo todas las semanas a controlar el balance de una empresa. Andaba apabullado con todo y su mujer embarazada sólo lloraba. Como soy pediatra, el rumbo de la conversación fue hacia niños y enfermedades.

Celso se quejaba de todo, pero con una cadencia agradable, aéreo, pero no completamente, quise quedarme cerca de ese clandestino en la casa de una amiga que ni siquiera conocía a su esposa. Me dediqué a atraerlo. Otra vez en la ciudad, me llamó pidiéndome la recomendación de un dentista urgente, podíamos beber una cerveza antes de que le pusieran la anestesia, llegaría relajado al tratamiento. Entendí todo y no hubo consulta en ningún dentista. Celso empezó a hacer consultorías en más firmas en la ciudad, nos encontrábamos después de sus reuniones, yo volvía a casa desollada. Mi marido tuvo mejores días con mi humor descargado, leve, mis dolores se disiparon. Los cólicos menstruales desaparecieron, también dejé la pomada fungicida de uso constante, la región íntima estaba hecha una nectarina.

3

Si yo no viviera lejos, podrías hacer el parto de mi hijo, dijo Celso. Le recordé que no hacía partos, pero era neonatóloga y conocía a la mejor obstetra del país. Convenció a la esposa de que el hijo llegaría con más seguridad si estaba acompañado por un equipo competente. La embarazada estaba de licencia en la empresa donde ejercía como abogada y aceptó el plan. La pareja dejó el departamento en el Sur con el cuarto del niño listo, alquilaron un piso en San Pablo, llegaron en el último mes de la gestación. Con la embarazada en la ciudad, nos encontramos en un hotel en el mismo barrio para que él no llegara tarde a casa. Agendé una reunión con la pareja antes del parto, era lo usual. Una hora antes de la consulta él pasó por mi consultorio para ensayar nuestra relación de desconocidos cuando viniera con la mujer. Tuvimos sexo en el baño, mi vagina estaba hinchada cuando, una hora después, la embarazada entró con él. Inmensa, agarrándose el vientre, el vestido debajo de las rodillas, las pantorrillas gruesas. Fue bueno que él hubiera logrado hacer su papel de esposo como si yo no estuviera del otro lado de la mesa, llena del semen que la fecundó. Su actitud terminó facilitando mi postura profesional que, además, fue irreprochable. Voy a mostrarle cómo cargar al bebé, papá, tome la muñeca. Se

llama Celso, avisó la embarazada. Celso se emocionó al tomar el juguete de barriga desinflada. Le expliqué que yo no estaría en el parto desde el inicio, llegaría al hospital después de la orden de la obstetra. Me pareció mejor avisar que el parto que ella quería podía durar decenas de horas, yo sólo comparecería poco antes de que el bebé coronara, antes de que la cabeza rompiera el perineo.

No estamos haciendo nada malo, dijo él más tarde, en este momento, no confiaría en ninguna otra persona. Su confianza me hizo ser una neonatóloga sin retrasos y segura de la profesión. La embarazada no me consideraba la médica principal, en realidad no lo era, por lo que nuestro contacto fue mínimo, en la primera reunión y en la maternidad. Con el parto en marcha, la obstetra me avisó que podía llegar tranquila, el bebé estaba alto, pero que no me atrasara porque la madre tenía la presión inestable, la cesárea estaba en el horizonte. Entré enfocada en la sala de parto, Celso en el sofá con la laptop sobre las piernas leyendo mensajes. Me posicioné al costado de la cama, la embarazada recibió la analgesia y no sabía cuándo hacer fuerza, la obstetra ordenó que Celso y yo le empujáramos el vientre hasta que el bebé bajara. Hice toda la fuerza que pude, Celso menos, tenía miedo de lastimar a la madre. La criatura nació vigorosa, hice los protocolos neonatales, estimulé reflejos, vertí nitrato de plata en los ojos, arranqué todo el vérnix del cuerpito quieto, sin llanto. Entregué el paquete a la madre asustada y exhausta, Celso besó el gorro de la maternidad enterrado en la cabeza del niño. Fui al baño de la suite, Celso vino detrás, nos abrazamos mientras la púérpera daba a luz la placenta. Oí mi nombre, la obstetra me llamaba de vuelta a la sala. Cecilia, sutura aquí, voy a ajustarle el suero. La mujer de Celso exhibía una laceración de segundo grado en el perineo, la sangre de la lesión se mezclaba

con la del parto, empapando la sábana. No entendí por qué la obstetra colocó el suero y necesitó salir de la sala. Me senté delante de la vagina que recibía el mismo pene que yo, ahora rasgada por el primogénito. Ella estaba en otra órbita, drogada de hormonas, Celso también salió de la sala, probablemente porque vio a la amante cosiendo la vagina de su esposa. Sentada en el banco, le di más puntos de los necesarios. Por poco no la cerré.